

cudo. Los genízaros empezaban por cobrar 4 áspers diarios, sueldo que crecía con los años de servicio. Gastaban ropajes largos, una gorra muy alta de fieltro blanco con plumero y con un paño largo de lienzo que caía en punta sobre la espalda. Sus armas eran la cimitarra, un puñal corvo y el arco que despues fué sustituido por el arcabuz. Corriendo el tiempo se introdujeron para los que formaban en la primera fila petos de hierro y, además de las otras armas, una parte-sana. Los *azaps* llevaban simplemente arco y flechas, y los *akindchies* iban armados como los *spahis* pero sin lujo.

Además de todas estas fuerzas no dejaron los sultanes de añadirles, cuando les convenía, tropas mercenarias, no obstante la inmensa ventaja que á todas las potencias de su época llevaba su excelente infantería regular. También eran superiores á las demás naciones por su cuerpo de zapadores perfectamente organizado desde los primeros tiempos, por su artillería tan numerosa como eficaz, y por su orden admirable en los campamentos. En estos reinaba en los buenos tiempos la limpieza mas exquisita interior y exterior, siendo la de los individuos ya una consecuencia de las prescripciones del Coran como igualmente la sobriedad, porque prohibía el uso del vino. También estaban prohibidas disputas, reyertas, juramentos, blasfemias y las partidas de juego; no se permitía la entrada en los campamentos á las mujeres públicas; y por último los sultanes cuidaban con gran solicitud de que nada faltase al soldado, disponiendo con tiempo los abastecimientos, los almacenes y todo cuanto exige la vida de campaña. De suerte que no solamente en número, organización y disciplina, sino también en la parte material, de manutención y armamento, y hasta en la moralidad, eran los ejércitos turcos superiores á todos los de sus adversarios. Este orden y disciplina exquisitos no quitaban á los campamentos de guerra su aspecto pintoresco y alegre, porque los turcos, como los antiguos espartanos, estaban en la guerra en su elemento, y si el cuerpo de genízaros tenía una organización tan severa, que para cada diez individuos no había mas que un bagaje, y para cada 25 una tienda, los demás turcos, agraciados con feudos, que se costeaban todo y gustaban de lucirse con sus jinetes en la guerra, llevaban todos sus trajes mas suntuosos, caftanes de seda, turbantes adornados de hermosas plumas, armas incrustadas de piedras preciosas, jaeces con oro, plata y pedrería, teniendo además tiendas en que no faltaban ricas telas y otros adornos de fabricación turca y persa. En cuanto á los *spahis*, cada uno tenía su tienda particular.

No se crea por eso que las guerras, campamentos y gobierno militar absorbían toda la actividad del pueblo turco y de sus sultanes. A pesar de la imperiosa necesidad de dirigir á este ramo la atención mas exquisita y permanente, hay que decir para gloria justamente merecida de los sultanes de la dinastía de Osman, que no degeneró de una manera visible hasta despues de la muerte de Soliman II, que á pesar de verse continuamente envueltos en mas guerras que los bizantinos, hicieron en otros ramos de su vasto campo de acción cosas grandes que fueron también beneficiosas para las razas sometidas. Casi todos estos sultanes fueron amantes y protectores de las ciencias á la manera oriental; dejaron á la posteridad grandes monumentos arquitectónicos; excitaron con su ejemplo á los magnates de su imperio á imitarlos; rara vez se descuidaron en conservar, ensanchar y hermosear las creaciones que encontraron existentes, cumpliendo con el deber moral respetable que les imponía el Coran; y lejos de limitarse á esto, siendo demasiado inteligentes para no ver en qué estribaba el bienestar de los pueblos, atendieron también á fomentar la industria, el comercio, y como los primeros emperadores romanos, las vías de comunicación,

de cuya inmensa importancia para las transacciones mercantiles, para la administración eficaz y para la cohesión interior del imperio, estaban persuadidísimos. Así es que durante un largo período dedicaron á este ramo una atención y un celo especiales; bien que como los últimos emperadores bizantinos pensaron mas en las vías principales de comunicación que en las de segundo y último orden. El inteligentísimo sultán Amurates II conservó solícitamente en perfecto estado todos los puentes de la carretera de Constantinopla á Sofía, dotando á todas las poblaciones principales de esta línea de posadas para las caravanas, bazares y otras construcciones. El mas suntuoso y notable de estos bazares era el de Sofía, fabricado de soberbias piedras labradas y de ladrillo alternando por fajas, con galerías interiores sostenidas por arcos apuntados. Lejos de ser Amurates II una excepción, tuvo muchos rivales dignos de él entre sus sucesores y los visires de estos. Hasta el último tercio del siglo XVII los sultanes construyeron también gran número de puentes, muchos de ellos obras de arte admirables. Los arquitectos y artistas encargados de estas obras no eran turcos, sino griegos ó búlgaros que se inspiraban en las obras de los antiguos, y los operarios eran siempre prisioneros de guerra cristianos; pero esto nada quita al mérito de los sultanes. También dispusieron en todos los puntos donde lo exigía la seguridad de las personas y mercancías ó en los importantes bajo el punto de vista militar, la construcción de atalayas ó reductos de tierra defendidos y sostenidos en la parte exterior por empalizadas espesas delante de las cuales se abría á menudo un foso. Las posadas de las grandes carreteras eran edificios construidos de piedra ó ladrillo con el techo sostenido por columnas. En ellos se alojaban gratuitamente los viajeros á lo largo de las cuatro paredes; pero tenían que proveer por sí mismos á su manutención. Mejores eran los asilos de transeúntes en las ciudades, fundados ya por sultanes, ya por visires, ya por particulares piadosos, algunos construidos con arreglo á un plan grandioso y dotados ricamente, en los cuales todo transeúnte sin distinción de religión era mantenido con su cabalgadura gratuitamente durante tres días.

Para la historia es sin embargo la mas importante aquella parte de la administración de los sultanes que se refiere á los *rayas*, ó pueblos cristianos sometidos y desposeídos, y á la relación entre estos y la raza dominante. El que echó los fundamentos de esta parte del sistema de administración, tanto en lo bueno como en lo malo, fué principalmente Mahomed II; solo que con el tiempo se fueron trasformando en graves perjuicios para la raza dominante, las ventajas que esta se había reservado al principio. Hasta fines del siglo pasado ha ido también variando la situación de los desposeídos, pero no en un sentido fijo, sino mejorando alguna vez para despues empeorar de nuevo y así alternativamente, tanto en los reinados de los sultanes débiles como en los de los mas distinguidos. En general fué dura la suerte de estos pueblos, especialmente los de la península balcánica; todos ellos, griegos, búlgaros, serbios, bosnios y albaneses cesaron de constituir entidades nacionales, y no existiendo no tenían historia, sin embargo de que algunos de estos la habían tenido grande. Los individuos existían solo por la gracia del vencedor, y para el imperio del cual formaban parte no tenían mas significación que ser materia de tributación para el tesoro y semillero adonde los sultanes iban á elegir las nuevas plantas para restituir á la nación turca y al islamismo la fuerza que iban gastando en sus empresas.

Turcos, genízaros y todos los súbditos del sultán en general eran sus esclavos; pero los pueblos cristianos vencidos eran además, y no tenían esperanza de ser nunca otra cosa, material de guerra ó de contribución para el soberano. Los pueblos

de las provincias conquistadas en tiempo de los emperadores romanos llegaron paso á paso á tener los mismos derechos que los ciudadanos naturales de Roma y de Italia; pero entre los turcos vencedores y los pueblos vencidos no había esperanza de que en ningún tiempo se efectuara la menor aproximación, porque entre ambas partes había un abismo que se ha ido ahondando tanto mas, cuanto que no había medio de echar un puente; y cuando en nuestros días se hicieron tentativas para unir á los rayas y los turcos bajo un pie de igualdad, los rayas se opusieron á toda fusión. Todas las ventajas estaban del lado de los vencedores, que se servían de los sometidos para material de guerra sin que en sus ejércitos hubiese aproximación entre los elementos opuestos. Los turcos utilizaban la flexibilidad y destreza de muchos griegos y de algunos otros súbditos cristianos, pero principalmente de los griegos establecidos en el barrio del Fanar, ó

sean los fanariotas, para agentes del tesoro, arrendatarios y recaudadores de contribuciones, y desde la segunda mitad del siglo XVII para intérpretes, secretarios, agentes políticos en el extranjero, médicos, secretarios particulares en las oficinas del palacio, de los ministros y gobernadores de provincia, y en el siglo pasado y presente hasta como lugartenientes del sultán en la Moldavia y Valaquia. Marineros cristianos griegos servían en la armada turca; milicias griegas se han empleado como una especie de guardia civil ó celadores para velar por la seguridad pública en las carreteras de los distritos montuosos de Rumelia y en Agrafa; pero todo esto jamás ha aproximado un ápice los cristianos á los turcos. La separación fué y ha sido permanente, perpetua, sin ninguna esperanza de que sus causas caducaran con el tiempo; y cabalmente esta convicción amarga engendró en los cristianos el deseo constante é implacable de sacudir completa-



Turcos que van á una fiesta

Facsimile de un croquis hecho al natural por Erardo Neuwich, y cuyo grabado figura en la descripción de su viaje á Jerusalem que Breidenbach publicó en Maguncia el año 1486

mente el yugo turco en cualquiera época que fuese, lejana ó próxima.

Por otra parte si en tiempo de Osman y de Urchan los impuestos eran soportables, en el de los sultanes posteriores crecieron como todas las demás cargas, mientras la seguridad de las personas y de los bienes, para turcos y cristianos, estaba muy lejos de ser satisfactoria, porque á cada guerra con cualquiera potencia marítima los buques enemigos de guerra y de corso asolaban las costas del imperio y no hacían distinción entre cristianos y turcos, tratando por igual á todos los súbditos del sultán.

Además de todas las cargas que ya conocemos inclusa la quinta de los niños los rayas tenían que pagar, según la teoría mahometana, un tributo anual como por vía de rescate de su vida. Este tributo era para los individuos el impuesto de la capitación, un ducado de plata por cada hombre casado y medio ducado de plata por cada soltero adulto, quedando exentos los ancianos, los niños hasta diez años y á veces

solo hasta siete, los curas, y finalmente los ciegos, cojos y lisiados. Cada individuo recibía en cambio una especie de cédula sellada, enviada á este efecto por el gobernador central de Constantinopla á sus agentes en provincias; y estas cédulas servían á los que habían pagado de carta personal de seguridad, de pasaporte y de certificación de ser súbdito leal. Este impuesto era tan productivo, que los hacendistas de la Sublime Puerta habrían tenido el mayor disgusto si se hubiesen convertido al islamismo todos ó gran número de los cristianos, pues que entonces habría disminuido en proporción la renta de la capitación.

Otro impuesto, y este gravitaba indistintamente sobre turcos y cristianos excepto los agraciados con feudos, era el llamado diezmo, que todavía hoy la fatal rutina gubernativa conserva en muchos países de Levante y no deja salir la población agrícola de su estado miserable y abyecto. El diezmo cuando se introdujo fué considerado como una invención sabia y humanitaria, porque se pagaba en productos; y como los



pueblos recientemente sometidos estaban arruinados por guerras interminables, sin mas recurso que su trabajo, les parecia en efecto muy llevadero; pero esto fué cambiando cuando el gobierno turco bajo el nombre de diezmo de todos los productos exigió segun las circunstancias en realidad la octava, la quinta y aun la tercera parte; y peor fué cuando adoptó el sistema de arrendar la recaudacion á contratistas, con lo cual engendró y fomentó daños incalculables que todavía hoy impiden la prosperidad de la agricultura.

A todos estos gravámenes y plagas gubernativas se agregaban otros males trascendentales y casi imposibles de desarraigarse. El mal principal era el del señorío directo de los turcos en todas las provincias; porque segun el principio de que el soberano es el verdadero propietario de todo su imperio, territorio y personas, el sultan disponia segun su voluntad á cada nueva conquista no solamente de los territorios que á consecuencia de la guerra habian quedado realmente sin propietario, sino tambien de todos los demás. Reservaba entonces una parte de ellos para sí; destinaba otras fincas á sufragar con sus productos los gastos considerables de nuevas mezquitas como centros de culto, de instruccion y de beneficencia, y dividia la mayor parte de las demás propiedades en muchos feudos pequeños y algunos mayores. Los agraciados explotaban sus fincas ó personalmente si eran pobres, ó por medio de esclavos, y en las grandes haciendas pertenecientes á turcos ricos trabajaban los labradores cristianos, ya en calidad de braceros, ya como colonos arrendatarios. En este caso pagaban al propietario del terreno el arriendo en productos que alguna vez subian á una tercera parte y tenian tambien otras servidumbres menores pero molestas, á veces irritantes, estando expuestos por lo demás á las arbitrariedades inicuas de parte del dueño del terreno ó de los representantes y funcionarios del gobierno. Los gobernadores y jefes militares del distrito, de la provincia (sandyacato) y del bajalato se permitian robar las jóvenes y los niños cristianos que les gustaban para sus serrallos ó los de sus superiores, perdonando por lo general á las casadas. Sin embargo, de estas abusaban cuando podian los viajeros turcos particulares ú oficiales; en Bulgaria y Servia los jefes de tropa solian robar niños para venderlos luego en Constantinopla como arrebatados en la guerra á los pueblos del otro lado del Danubio. El servicio obligatorio de bagajes, la requisicion de caballerías para correos y ayudantes militares y de cabalgaduras y escoltas numerosas para los altos dignatarios, dieron lugar á arbitrariedades y abusos insostenibles como nunca las sufrió mayores el súbdito de Persia bajo el gobierno de los sátrapas.

Contra estos males no habia mas remedio que hacer llegar las quejas al sultan, que si era justiciero y enérgico corregia y castigaba las extralimitaciones; pero aun así, era difícil penetrar hasta él, rodeado como estaba del aparato oriental y de personas influyentes.

En cambio los vencidos, por poco que se acostumbraran al nuevo estado de cosas, podian notar que no tendia á una opresion religiosa directa, ni menos á perseguir á nadie por motivos de religion; y es muy probable que el labrador cristiano viviera menos molestado bajo el dominio de los sultanes, que el adepto de una iglesia ó secta disidente en el resto de Europa, sobre todo en épocas de grandes conmociones por cuestiones religiosas. En este concepto la medida mas tiránica del gobierno turco, que no fué abolida hasta la paz de Cuchuc-Cainarché en 1774, fué la prohibicion impuesta á los súbditos cristianos de construir nuevas iglesias, siéndoles únicamente permitido, y esto con restricciones vejatorias, reparar y en su caso reconstruir las existentes.

La posicion de los judíos era mucho mejor, tanto que en el último período del reinado de Mahomed II inmigraron en grandísimo número y voluntariamente en su imperio, principalmente los de la península ibérica, donde entonces empezó su persecucion y expulsion. Nada menos que 40,000 judíos españoles se establecieron en Constantinopla y 20,000 en Salónica en cuyo último punto subió su número posteriormente mucho mas. Tambien dieron su contingente á otras ciudades marítimas y á las colonias ya antiguas judías del interior, como Adrianópolis, Filipópolis, Scopié y otras. Una de las mas considerables se formó con este nuevo refuerzo en Sofia en cuyo grandioso bazar así como en la posada pública para transeuntes llamaron la atencion las exposiciones de sus géneros al lado del gran depósito de paños de la factoria de Ragusa. Los judíos españoles se hicieron tambien muy pronto los competidores temibles de los comerciantes y banqueros griegos, que tan bien supieron discernir y aprovechar en los grandes centros de comercio lo que la nueva situacion ofrecia de ventajoso; porque habiendo desaparecido de aquellos mercados la supremacia abrumadora del comercio de Venecia y Génova, se volvió á despertar pronto el genio mercantil de los griegos que particularmente en Constantinopla reunieron grandes caudales.

Contribuia tambien á hacer llevadero el yugo turco, como sucede con todo gobierno conquistador oriental, la circunstancia importante de que su presion no era sistemática ni estaba dictada por el puro gusto de oprimir ni mostraba ningun interés por asimilarse los pueblos sometidos haciéndoles perder por todos los medios gubernativos posibles su idioma y nacionalidad; iniquidad practicada en nuestro siglo en el Este de Europa; ni tampoco se ingeria en la vida y costumbres interiores de estos pueblos. Tan luego como estos se acostumbraron al nuevo estado de cosas y á vivir pacíficamente con sus amos, comprendieron que manteniendo relaciones pacíficas, habia tambien medio de sacar ventajas del régimen turco. Los griegos por ejemplo y principalmente los establecidos en la capital, fuertemente enlazados entre sí y apoyados por el patriarca y el clero de la Iglesia cismática consiguieron establecer relaciones amistosas con los sultanes y con la administracion turca en gran beneficio suyo, bien que expuestos continuamente á una explosion súbita y general de la ira del soberano.

No supieron ó no pudieron mejorar su posicion en igual grado los pueblos eslavos incorporados al imperio turco. Los albaneses en su mayoría prefirieron pasarse poco á poco al islamismo para gozar de los privilegios de la raza dominadora; los católicos se afiliaron á la secta mahometana sunnita, y los cismáticos griegos, los tuscos, á la siita, de suerte que á mediados del siglo XVII quedaron mahometizados casi en su totalidad. Mucho antes habian dado este paso los nobles de Bosnia para participar de las ventajas que iban anexas á la calidad de mahometano, no siendo la menor la de no ser esclavo ni siervo, mientras la masa del pueblo prefirió permanecer fiel á su religion, á pesar de la doble servidumbre á que quedó sometida. Segun ya indicamos en otra parte, los adeptos de la secta patarena fueron al parecer los que prefirieron hacerse mahometanos á sufrir las persecuciones y vejaciones de los católicos. Los señores bosniacos se quedaron con sus señoríos y castillos hereditarios; y aunque mas odiados de sus súbditos, como renegados, que los *timares* ó pequeños feudatarios turcos establecidos entre ellos, conservaron, mientras supieron proceder de comun acuerdo, mucha influencia sobre el poder central, tanto que el sultan á veces confió á uno de estos renegados el gobierno de la provincia. Así la situacion del pueblo bosniaco fué doblemente triste. Algo mejor era la de la Herzegovina, donde algunos gru-

pos cristianos con sus respectivos jefes sostuvieron con las armas su independencia, reconocida de cuando en cuando por el gobierno de Constantinopla, que en tales casos daba á sus lugartenientes la orden de respetar estos grupos (1). La peor suerte parece haber tocado al pueblo servio (2), por cuyo territorio pasaron todos los formidables ejércitos que durante las guerras interminables con los magyares y la casa de Austria enviaron los sultanes á las cuencas del Danubio y del Save y á los distritos servios ribereños del primer rio y del Morava y Colubara. El pueblo estaba completamente desarmado; nadie podia siquiera tener caballos, porque los turcos se los quitaban sin misericordia tan luego como veian alguno, de suerte que habian de armarse con estacas y varas largas cuando querian hacer resistencia á los turcos. Las prestaciones personales eran durísimas, tocando 100 jornales anuales á cada labrador en favor del gobernador turco y del sultan, á cuyo fin debian pasar los aldeanos servios á las haciendas del sultan, á orillas del Danubio y al llano de Constantinopla, para la siega de los prados imperiales. Algunas pocas comarcas de Servia, como la Craina, Starivla y Clinch, habian quedado libres de feudatarios turcos, es decir, de spahis agraciados con pequeñas haciendas, y allí se mantuvieron los antiguos magnates ó señores indígenas, así como la organizacion interior primitiva de los municipios rurales. Sin embargo, allí como en todas partes, el turco, el soldado raso lo mismo que el bajá, se tenia por amo del infortunado servio. Para los turcos eran exclusivamente las armas, los vestidos y demás objetos de lujo, las mejores casas y el color verde, el mas venerable para ellos, y finalmente en las ciudades, en las plazas fuertes y en los reductos no vivian mas que los turcos que guardaban los puntos estratégicos, quedando la poblacion servia reducida al campo. Hasta los pequeños industriales turcos monopolizaban los oficios que les parecian mas nobles, como los que se rozaban con la milicia, el de herrero por ejemplo, dejando los mas despreciables, como la peletería, para el pueblo pária. El servio no tenia mas consuelo que los recuerdos de los tiempos de su dicha y la vista de los monumentos que le habian dejado sus mejores reyes, entre los cuales mencionaremos aquí, además de los que tuvimos ocasion de citar en otro capítulo, la magnífica iglesia de Ipek construida de mármol blanco por un arquitecto de Cataro por orden del padre del rey Duchan.

No todos los servios se sometieron pacientemente á tan degradante vida de párias; muchos transgresores de la ley ó que por otros motivos se habian atraído el odio peligroso de los turcos, huyeron á los bosques y comarcas de difícil acceso, desde donde hacian la guerra á los turcos robando y salteando á los viajeros en los caminos, principalmente en la carretera de Constantinopla á Belgrado. Estos facinerosos son los *haiducos* que tanto se nombran en la historia de Hungría y de Austria. Otros servios prefirieron emigrar en masa á Hungría, siempre que se ofrecia ocasion favorable, como la primera vez en 1481.

Tambien en Bulgaria muchos reñidos con el orden y la ley establecidos por sus dominadores, se dedicaron á la vida de salteadores, para lo cual la topografía del país era mas propicia que la Servia, pues que comprendia los Balcanes. En ellos se habia concentrado principalmente el pueblo búlgaro, rechazado de los llanos del Danubio, de la Tracia y de la Macedonia, donde los sultanes habian establecido gente de todas las ramas de su raza, incluso turcomanos, *yurucos* y coniaros nómadas de Caramania, de los cuales Turajan ya

habia establecido muchos en Tesalia. En los Balcanes eran casi los dueños aquellos que se habian librado de la persecucion de la ley ó que empobrecidos por las extorsiones y arbitrariedades de los conquistadores, ó exasperados por sus injusticias y brutalidades con las personas mas queridas, como padres, hermanas, novias y esposas, no tenian otro medio de vivir y de vengarse sino la guerra de montaña y el robo en cuadrilla. Tanto crecieron en número estos salteadores, que poco á poco llegaron á formar aldeas y ciudades en los valles retirados y de difícil acceso, donde en el trascurso del tiempo nacieron industrias y artes cuyos productos han llegado despues á una perfeccion admirable.

El Montenegro ó Czernogortza con sus habitantes guerreros, sus montañas y valles inaccesibles fué el único país eslavo de la península balcánica que se mantuvo casi completamente independiente del yugo turco. Allí reinó desde 1465 hasta 1490 el príncipe Juan, hijo de Estéban Chernoyevitz y de María Castriota, hermana de Scanderbeg, y héroe nacional del pueblo montenegrino. La república de Venecia le confirió el patriciado hereditario en 1474. Viendo la imposibilidad de conservar el castillo de Chabeliak, punto fuerte avanzado que protegía la ciudad de Podgoritsa (3), arrasó el castillo, evacuó la ciudad y se retiró á Cetiñe donde habia fundado un convento que dotó de abundante renta á principios de 1485. A la muerte de Juan, sucedióle su hijo mayor Jorge, hombre mas amante de la paz que de la guerra, el cual fundó en Obod una imprenta que en 1494 publicó entre otras obras una liturgia en idioma eslavo. Murió en el año 1514 en Venecia estando en paz con el sultan; pero al saber este que el trono del principado habia quedado vacante, envió allí en calidad de gobernador á Máximo, hermano del difunto, que se habia hecho mahometano y habia adoptado el nombre de Iscander (Alejandro), por cuya razon le llamaban los turcos Scanderbeg, y de él descendian al parecer los bajáes hereditarios de Scutari, que allí reinaron hasta el año 1833. Los habitantes del llano reconocieron su autoridad; pero los montañeses se agruparon al rededor de su metropolitano ó vladita Vavil que murió el año 1520, y le proclamaron jefe supremo civil y eclesiástico del país. Este y todos sus sucesores defendieron su independencia con buen éxito contra los turcos. El príncipe Daniel I Petrovitz Negoch que reinó sobre el pueblo montenegrino desde 1697 hasta 1734 hizo su trono hereditario.

La situacion del pueblo griego fué muy diferente de la de los pueblos eslavos, y varió además segun las provincias y en estas á su vez segun las épocas en el trascurso de los siglos. En general fué una ventaja para su porvenir que todos los miembros dispersos de esta nacion acabaran por formar parte de un mismo imperio, en el cual ingresaron al fin las islas del Mar Egeo y Chipre en el siglo XVI y Creta en el siglo XVII. Esta circunstancia y el lazo comun de su Iglesia, á la cual hay que reconocer este mérito inolvidable, conservaron el espíritu nacional é impidieron la conversion en gran escala al islamismo, exceptuando los griegos de Creta. De haber continuado el imperio griego desmembrado como en tiempo de los señores feudales del Occidente, es muy probable que su nacionalidad se hubiese desmenuzado hasta la desaparicion completa. A esta ventaja se agregaron las debidas á la inteligencia y actividad individual con las cuales los griegos utilizaron todas las circunstancias favorables del nuevo régimen especialmente en las plazas mercantiles y marítimas, en las islas y sobre todo en Constantinopla, en la cual se contaban en 1590 nada menos que 100,000 habitantes griegos legítimos.

(3) La *Dioclea* de los antiguos, cuyas ruinas se han descubierto allí hace poco. (N. del T.)

(1) Véase la obra alemana: *La Servia y la Turquia* en el siglo XIX, por Leopoldo Ranke, pág. 20.

(2) Véase la obra anterior.